

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XX

UNA NUEVA BATALLA
POR SU LUGAR DE NACIMIENTO

Díaz fue más que un soldado en el sur y el oriente. Fue vida e inspiración de la república. Su intrépida devoción a la causa mexicana, sus mordaces respuestas a las tentaciones que le ponía Maximiliano, la viril novela de su escape de Puebla y su inmediata reanudación de la guerra contra el imperio con un ejército de sólo catorce hombres, fueron tan conocidas en las ciudades y pueblos como su inventiva militar, su disposición a asumir la responsabilidad, sus esfuerzos para salvar a la población general de cargas innecesarias y su valentía personal en la batalla. La fuerza y sinceridad atrajeron a los hombres a su sentido ético.

Para el 2 de febrero de 1866, había recibido del presidente Juárez la autorización para reasumir el mando supremo de las fuerzas en los estados del sur y el oriente y pronto tuvo pequeñas columnas en acción en todas direcciones. En mayo, aprobó y publicó el decreto de Juárez, mediante el cual aplazaba la elección presidencial para una fecha más adecuada y ampliaba provisionalmente el mandato del presidente. También apoyó a Juárez al denunciar al general González Ortega, quien como presidente de la Suprema Corte, se había negado a aceptar la sus-

pensión temporal de la elección, reclamó para sí el derecho a ocupar la presidencia y encabezó una frustrada rebelión contra Juárez.

Sus fuerzas aún eran reducidas y sus medios escasos, ya que era importante no cobrar demasiados impuestos a las personas; sin embargo, impulsó la campaña en Oaxaca, Puebla, Tlaxcala y Chiapas. Su vida consistía en constantes planes y luchas. Una y otra vez escapó por muy poco de la muerte o la captura. Mientras estaba en Tepeji, varias columnas se desplazaron simultáneamente para atraparlo y se las arregló para escapar a Huajuapán. El general Trujeque trató de asesinarlo en una peligrosa emboscada, pero salió ileso de una lluvia de balas.

Después de ponerse en marcha hacia el sur del estado de Oaxaca y protegido contra los movimientos de Tehuantepec y Yucatán, donde los imperialistas estaban ansiosos y activos, Díaz enfiló al norte hacia su ciudad natal de Oaxaca, donde se estaba concentrando gran número de soldados para aplastarlo con el mero peso.

El 3 de octubre de 1866 se produjo la famosa batalla de Miahuatlán, donde con sólo 600 soldados de infantería y 280 de caballería, superó en táctica militar y derrotó a una fuerza de infantería de 1 100 efectivos y 300 de caballería, con dos cañones, a las órdenes del general Carlos Oronoz, auxiliado por un oficial francés, Enrique Testard. Éste fue un brillante logro militar.

La fuerza de Díaz en Miahuatlán estaba muy escasa de municiones y alimentos, sus hombres se sentían desmoralizados y caían terribles lluvias.

Esperaba noticias alentadoras de su hermano, el coronel Félix Díaz, quien, luego de estar con el presidente Juárez en Chihuahua, y enterarse de que el general Díaz estaba libre y de nuevo en el campo de batalla, se apresuró a ayudarlo, organizó una fuerza y, después de prolongadas y arduas marchas, ahora estaba en algún punto de la zona norte de la ciudad de Oaxaca, mientras su distinguido hermano se acercaba desde el sur.

El general Oronoz había salido de Oaxaca, decidido a destruir a Díaz en una acción. De nuevo el líder mexicano compensó su falta de efectivos con estrategia. No había tiempo que perder y parte de sus soldados tenía menos de seis cartuchos cada uno.

Díaz colocó una parte de su infantería detrás de un cerro enfrente de la ciudad, apostó a fusileros en una barranca a un lado del camino, a campesinos armados en un magueyal del otro lado y envió a su caballería fuera de la ciudad por otro camino, manteniendo en reserva a un cuerpo de infantería. Luego subió audazmente a la cima del cerro ocultando la formación de sus fuerzas, y con los miembros de su estado mayor y unos treinta montados, abrió fuego sobre las tropas austriacas y francesas que avanzaban.

El general Oronoz, engañado por este temerario movimiento, y suponiendo que estaba en contacto con el grupo militar de Díaz, avanzó en formación de batalla y, al ver a la caballería republicana, envió a su propia caballería a perseguirla. Díaz ordenó a su caballería que avanzara en dirección de su infantería oculta y así el enemigo, que perseguía a los soldados republicanos montados, quedaron entre dos fuegos letales de infantería y retrocedieron en medio de la confusión.

Díaz ordenó al coronel Manuel González (más tarde presidente de México) avanzar con un destacamento de infantería, y mientras Oronoz se distrajo con este movimiento, la caballería republicana dio vuelta e hizo un ataque feroz e inesperado sobre la retaguardia del enemigo. A continuación Díaz, con el resto de su infantería, cayó sobre austriacos y franceses. Fue una lucha feroz, pero los mexicanos calaron las bayonetas y obtuvieron la victoria total, persiguiendo a los fugitivos casi por diez millas.

El general Oronoz escapó con algunos de sus principales oficiales y el comandante francés, Testard, apareció muerto en el campo de batalla. Entre los caídos había muchos mexicanos. Los oficiales franceses apresados en la lucha fueron enviados a los cerros como salvaguarda, pero 22 oficiales mexicanos, que habían desertado del ejército republicano y entraron al servicio del enemigo, fueron fusilados, conforme a las reglas vigentes. Además de los prisioneros, Díaz capturó unos 1 000 rifles, dos cañones y más de cincuenta mulas cargadas de municiones.

El 6 de octubre Díaz marchó a Oaxaca con sus tropas recién organizadas. A la noche siguiente cabalgó solo, asistido únicamente por un clarín, a recibir a un mensajero de su hermano Félix, quien le avisaba que al aproximarse a la ciudad de Oaxaca por el norte había sorprende-

do a cincuenta soldados de caballería, quienes cubrían Tlacolula, y que ahora amenazaba a Oaxaca, habiendo penetrado incluso a sus calles. Al día siguiente llegaron noticias de que Félix Díaz había ocupado una parte de Oaxaca y retenía al enemigo en los conventos de Santo Domingo, El Carmen y Cerro de la Soledad. El general Díaz llegó a Oaxaca esa noche del 8 de octubre, y perfeccionó el sitio, el cual se mantuvo hasta el 16 de octubre. Las líneas republicanas habían estrechado su ubicación de tal manera sobre las tropas del general Oronoz encerradas en los tres conventos, que sólo una calle dividía las posiciones de las fuerzas republicanas e imperialistas.

Ese día fue el umbral de un acontecimiento sorprendente y decisivo en la historia moderna de México. Díaz interceptó un despacho para el general Oronoz donde le ordenaban retener Oaxaca a todo trance, porque 1 300 veteranos austriacos bien armados al mando del conde Hötse iban en su auxilio desplazándose a marchas forzadas.

Para Díaz fue una situación decisiva y desconcertante. Permitir que el ejército del conde Hötse llegara a Oaxaca sería arriesgarse a la destrucción de su propia fuerza, que había aumentado a 1 600 hombres, pero tendría que enfrentarse simultáneamente al enemigo por la vanguardia y la retaguardia. El general Oronoz tenía más de 1 100 soldados en Oaxaca y éstos, unidos con la columna austriaca que avanzaba, daría al enemigo una fuerza de 2 600 hombres. No obstante, dar la espalda a Oaxaca y marchar al encuentro del Conde equivaldría a soltar al ejército sitiado de 1 100 hombres en su retaguardia.

El general estaba seguro de que el enemigo sitiado no podía recibir noticias del exterior y, por lo tanto, desconocía que un ejército avanzaba para rescatarlo. Dado que el general Figueroa marchaba con una columna cansada y con escasas municiones para unirse con las fuerzas republicanas y debía pasar cerca de La Carbonera, por donde también pasaría la fuerza del conde Hötse, Díaz decidió aprovechar lo que Oronoz ignoraba, y salió por la noche en secreto para atacar a los austriacos que se aproximaban y, al mismo tiempo, proteger la débil fuerza de Figueroa.

Éste fue uno de los hechos más inteligentemente atrevidos en toda la historia de las extraordinarias estratagemas militares de Díaz. Esa

misma noche ordenó a la caballería que cubrieran con trapo los cascos de sus caballos, para amortiguar el ruido de sus movimientos. Quitó los cañones de sus cureñas e hizo que los transportaran sin hacer ruido. Después llevó a todas sus columnas en la oscuridad hacia Etna. No permitió que ningún oficial de su fuerza supiera lo que los otros estaban haciendo. Dejó a los centinelas en su puesto en Oaxaca, con órdenes de dar el alto entre ellos y observar la rutina habitual, de modo que las guarniciones sitiadas no sospecharan que las fuerzas republicanas ya se habían retirado.

Después de esta marcha secreta a Etna, siguió a San Juan del Estado, donde encontró al general Figueroa con sus tropas y se unieron las dos fuerzas.

Su temor era que Oronoz descubriera su ausencia y mandó de regreso a la caballería para amenazar a Oaxaca, con objeto de que las tropas sitiadas no se atrevieran a emprender la salida.

Al alba del 18 de octubre, Díaz hizo que su ejército ocupara La Carbonera antes de que el ejército austriaco de auxilio llegara al lugar. Mientras sus fuerzas subían una cuesta, sus exploradores informaron que el enemigo ascendía por el otro lado del cerro. Lo que siguió fue la batalla de La Carbonera, donde Díaz —hábilmente ayudado por su hermano Félix, el general Figueroa, los coroneles Segura y Espinosa y Gorostiza, y otros oficiales— obtuvo la victoria total sobre una fuerza de 1 300 hombres escogidos, que estaba compuesta por un batallón de infantería austriaco, dos compañías de voluntarios franceses, tres escuadrones de caballería húngara y dos escuadrones de traidores mexicanos.

Después de desarticular la fuerza del conde Hötse, Díaz en persona lo persiguió durante más de dos horas, tiñendo de sangre el muy recordado camino a su lugar de nacimiento. En esta batalla, tomó más de 700 prisioneros y cinco cañones.

No se perdió ni una hora para regocijarse. Díaz había pasado días casi sin dormir, pero no podía descansar hasta tomar Oaxaca. De inmediato regresó a la ciudad y llegó allí al momento que el general Oronoz se enteraba que se había librado una batalla y aguardaba noticias del resultado para hacer una incursión con sus 1 100 hombres. Había orde-

nado a su oficial al mando en el convento de La Soledad anunciar que se acercaban tropas de fuera. La señal consistía en tres tiros de cañón si las tropas eran amigas y uno solo si se trataba de tropas enemigas.

Una estrategia siguió a otra. Es interesante leer en palabras del presidente Díaz cómo hizo para evitar una lucha sangrienta al tomar Oaxaca:

Los primeros que formaron en la columna eran los prisioneros austriacos, teniendo soldados republicanos a ambos lados. El jefe del fortín de La Soledad creyó al vernos que habían triunfado los austriacos y avisó la presencia de una columna amiga, equivocación que no tardó en reparar cuando estuvimos más cerca y vio que éramos enemigos, pero ya era demasiado tarde. Reocupé toda la línea que había ocupado antes, cuando defendí la ciudad contra el mariscal Bazaine. Las dos fuerzas continuaron con tiroteos que duraron hasta la media noche.

El general Oronoz rindió incondicionalmente a Oaxaca con 1 100 hombres completamente equipados, depósitos de armas y municiones y treinta cañones fijos y de montaña. Díaz entró a la ciudad con sus tropas el 31 de octubre e incorporó en sus propios batallones a gran parte de las fuerzas capturadas. Un ejemplo interesante de su carácter se aprecia en el hecho de que ocupó Oaxaca, ascendió a dos coroneles al rango de general, pero declinó ascender al valiente coronel Félix Díaz, porque ese oficial era su hermano. Más adelante el gobierno republicano le confirió a Félix el rango de general.

En esos momentos tenía una tremenda necesidad de dinero, ya que no había pagado a los soldados de la república y el pueblo ya no podía resistir que le exigieran más de sus exiguos medios; de hecho, muchos de los campesinos estaban al borde de la inanición.

Con este grave problema frente a él, Díaz tomó de inmediato las maravillosas joyas de la virgen de La Soledad, cuya deslumbrante belleza y su altísimo precio lo habían abrumado cuando era un muchacho descalzo que pensaba en el sacerdocio: la corona de oro sólido que res-

plandecía con esmeraldas y brillantes; el corselete de piedras preciosas que vibraba con alambres de oro; los vestidos y collares de gemas centelleantes y perlas raras; el grandioso cáliz; el peto de oro, incrustado con esmeraldas, brillantes y perlas; el gran vestido de terciopelo negro, cubierto por un enorme bordado de incontables perlas finas; las pilas titilantes de cruces y anillos con rubíes, esmeraldas y otras gemas.

Este tesoro, valuado en \$2000000 lo guardó con todo cuidado hasta que la Iglesia pagó un rescate de \$20 000, dinero que Díaz utilizó para aliviar la pobreza de su ejército exhausto. Durante los cincuenta años siguientes, la Iglesia mantuvo en secreto el sitio donde ocultó estas joyas.

Aunque el general permitió que sus soldados voluntarios regresaran a sus casas a visitar a sus familias y sanar sus heridas, les pedía que sirvieran como guardias nacionales locales durante su descanso en las poblaciones pequeñas, y Figueroa volvió con su ejército a las montañas de Tuxtepec, pero él no se daba reposo. Organizó el gobierno de Oaxaca y estudió la posición del enemigo al sur de donde él estaba.

A principios de diciembre de 1866, después de muchos días de trabajo extenuante, Díaz marchó a Tehuantepec con 1 200 hombres, decidido a atacar en todas direcciones para que el enemigo no tuviera una retaguardia. En El Tablón, él y su hermano Félix derrotaron a la retaguardia del enemigo consistente en 1 300 efectivos, llevándolos a las montañas y para enero de 1867 estaba de regreso en Oaxaca con el cuerpo principal de su ejército. Hacia el final de ese mes, luego de organizar sus fuerzas para la campaña contra Puebla y de retirar las tropas de los estados de Tlaxcala, México, Puebla y Veracruz, Díaz abandonó Oaxaca el 26 de enero, enfilando hacia la ciudad de Puebla.

Sin embargo, para entender lo que significaron las grandes victorias que el inquieto héroe de Oaxaca estaba a punto de lograr, es necesario conocer algo de los acontecimientos extraordinarios que se sucedían en la suerte trágica y desconcertante de Maximiliano y de su joven emperatriz.